SANTOS PROTOMÁRTIRES DE LA IGLESIA ROMANA (30 de junio)

La memoria facultativa de los primeros mártires de la Iglesia romana, celebrada al día siguiente de la solemnidad de los apóstoles fundadores de esta Iglesia madre, se ha conservado siempre en la sede del circo de Nerón del Vaticano, recordando el famoso incendio del 16 de julio del año 64, tras el cual fueron arrojados a las fieras y quemados como chivos expiatorios un gran número de cristianos, según nos narra el historiador Tácito (*Annales* XV, 44); pero sólo el martirologio romano de 1584 los menciona el 24 de junio con cierta solemnidad.

El martirologio jeronimiano conmemora el 29 de junio a un gran número (979) de mártires y los recuerda inmediatamente después del elogio de los apóstoles Pedro y Pablo. Su primitivo culto se extendió a toda la ciudad desde la pequeña iglesia de Santa Maria della Pietá del camposanto teutónico en 1923, y luego, en 1969, a todo el rito romano. Ellos murieron por el prejuicio, aprovechado por Nerón, de que eran «odiosos a la masa de la población» por ser cristianos («causa martyrii»).

Es interesante hacer notar que el primero de los césares que persiguió a los cristianos fue Nerón, el más vil, despiadado y falto de principios entre los emperadores romanos. En el mes de julio del 64, cuando habían transcurrido diez años desde que ascendió al trono, un terrible incendio destruyó a Roma. Hasta hoy se ignora si Nerón fue responsable o no de aquel incendio. En vista de los numerosos incendios que se han declarado en Roma desde entonces, puede decirse que también aquél, quizá el más devastador entre todos, se debió a un simple accidente. Sin embargo, quedaba el hecho de la complacencia de Nerón y, tanto se divulgaron las sospechas contra él, que se alarmó y, para desviar las acusaciones que se hacían en su contra, señaló a los cristianos como autores directos del incendio.

Algunos de ellos fueron quemados como antorchas humanas en los banquetes nocturnos, otros crucificados o echados como alimento de animales salvajes. Ellos murieron antes que San Pablo y San Pedro y son llamados «Los discípulos de los Apóstoles». Hombres y mujeres anónimos, chivos expiatorios del odio anticristiano, son el símbolo de todas las víctimas de las persecuciones religiosas. *(Referencias ofrecidas por A. Butler y E. Lodi)*

VOZ DE LA LITÚRGIA: *2ª Lectura del Oficio:* Pongamos ante nuestros ojos a los santos apóstoles. A Pedro, que, por una hostil emulación, tuvo que soportar no una o dos, sino innumerables dificultades, hasta sufrir el martirio y llegar así a la posesión de la gloria merecida. Esta misma envidia y rivalidad dio a Pablo ocasión de alcanzar el premio debido a la paciencia: en repetidas ocasiones, fue encarcelado, obligado a huir, apedreado y, habiéndose convertido en mensajero de la palabra en el Oriente y en el Occidente, su fe se hizo patente a todos, ya que, después de haber enseñado a todo el mundo el camino de la justicia, habiendo llegado hasta el extremo Occidente, sufrió el martirio de parte de las autoridades y, de este modo, partió de este mundo hacia el lugar santo, dejándonos un ejemplo perfecto de paciencia.

A estos hombres, maestros de una vida santa, vino a agregarse una gran multitud de elegidos que, habiendo sufrido muchos suplicios y tormentos también por emulación, se han convertido para nosotros en un magnífico ejemplo. Por envidia fueron perseguidas muchas mujeres que, sufriendo graves y nefandos suplicios, corrieron hasta el fin la ardua carrera de la fe y, superando la fragilidad de su sexo, obtuvieron un premio memorable. La emulación y la rivalidad destruyó grandes ciudades y poblaciones numerosas.

Todo esto, carísimos, os lo escribimos no sólo para recordaros vuestra obligación, sino también para recordarnos la nuestra, ya que todos nos hallamos en la misma palestra y tenemos que luchar el mismo combate. Por esto, debemos abandonar las preocupaciones inútiles y vanas y poner toda nuestra atención en la gloriosa y venerable regla de nuestra tradición, para que veamos qué es lo que complace y agrada a nuestro Hacedor.

Fijémonos atentamente en la sangre de Cristo y démonos cuenta de cuán valiosa es a los ojos de Dios y Padre suyo, ya que, derramada por nuestra salvación, ofreció a todo el mundo la gracia de la conversión. *(San Clemente I, a los corintios)*

ORACIÓN: Oh, Dios, que santificaste los fecundos comienzos de la Iglesia Romana con la sangre de los mártires, concédenos que nos fortalezca su valentía en la lucha de tan gran combate y nos alegremos siempre en la victoria santa. Por N.S.J.

Composición, Manuel Longa Pérez